

Traducción del italiano de la Introducción a:

Alberdi, Juan Bautista (2008). *Viaggio di un americano in Europa e negli Stati Uniti (1843-1858)*. A cura di Camilla Cattarulla e Lucila Pagliai. Troina (Enna), Città Aperta, Edizioni.

Comparar, juzgar, imitar, desechar: los viajes a Europa y Norteamérica de un argentino ilustre a mediados del siglo XIX

Lucila Pagliai

Buenos Aires, junio de 2007

La juventud romántica del Plata: el viaje a Europa como iniciación

Desde la época de la Colonia española, en Buenos Aires y Montevideo, los dos grandes puertos de ultramar de la América del Sur, circulaban las novedades provenientes del extranjero –los libros, las modas, el teatro, las ideas– que la sociedad porteña incorporaba y luego transmitía hacia el interior del país. En la primera mitad del siglo XIX –el Virreinato del Río de la Plata se independizó de la Corona de España en 1816–, los jóvenes intelectuales de la naciente República Argentina, atraídos por las formas culturales metropolitanas especialmente de Francia e Inglaterra, emprendían con frecuencia largos viajes a Europa para tomar contacto con las manifestaciones más actuales de la política y la literatura. El socialismo utópico y el romanticismo los entusiasmaban: no sólo por su calidad de renovación ideológica y estética provocativa en el ámbito europeo, sino –y sobre todo– como posible motor de las transformaciones que buscaban para la propia sociedad americana.

Juan Bautista Alberdi (Tucumán 1810-Neuilly 1884), al igual que muchos otros jóvenes de las provincias interiores, se había separado tempranamente de su familia para seguir estudios superiores en la ciudad de Buenos Aires. En 1837, mientras cursaba la carrera de Derecho en la Universidad, Alberdi, junto a Esteban Echeverría y otros intelectuales porteños, integró el grupo de la “Joven Generación Argentina” que pretendía intervenir en la política de la época con propuestas superadoras de la antinomia unitario-federal, responsable de la sangrienta y continuada guerra civil que atravesaba el país, con dos bandos irreconciliables que buscaban instalar un sistema de gobierno centralista o conservar las autonomías provinciales.¹

¹ Entre las amistades personales y políticas que Alberdi anuda en esa época, Miguel Cané –padre del autor homónimo del libro de relatos *Juvenilia*– es su compañero entrañable de los primeros años del Colegio de Ciencias Morales, puerta de entrada a la Universidad de Buenos Aires; con Echeverría, autor en 1838 del célebre ensayo doctrinario *Dogma socialista*, Alberdi escribe los documentos centrales de la “Joven Generación Argentina”; con Juan María Gutiérrez, el gran amigo que Alberdi estima y admira desde la

El caudillo federal Juan Manuel de Rosas, gobernador de la provincia de Buenos Aires, dominaba la política nacional con poderes extraordinarios y una fuerte persecución a los opositores. Hacia fines de la década de 1830, la disidencia del régimen rosista partió hacia los países limítrofes a vivir un largo exilio de diez años y más. El flujo y la calidad de los recién llegados les permitieron instituirse en los diversos lugares que los acogieron –Montevideo, Valparaíso y Santiago de Chile, sobre todo– en un grupo social y cultural de gran envergadura: los llamados *proscriptos* en la literatura romántica argentina (Echeverría, Mármol, Sarmiento, Alberdi, Juan María Gutiérrez, Vicente Fidel López), cuyo objetivo central fue *pensar el país* post Rosas y prepararse para organizarlo y conducirlo en el momento del retorno.

En 1838, en medio de esa marea de exiliados (forzados y voluntarios), Alberdi se unió al grupo de argentinos que había buscado refugio en Montevideo; desde allí, en 1843, emprendió en el “Edén” el obligado viaje a Europa. A comienzos de 1844, iniciado el regreso y ya en costas sudamericanas, tomó dos decisiones arriesgadas: no volver a Montevideo y atravesar el Estrecho de Magallanes para radicarse en Chile.

Los escritos del primer viaje (1843-1844)

En ese marco y con ese bagaje, Alberdi encara su primer viaje a Europa (el segundo, y casi definitivo, lo hará en 1855). En alta mar, con tierra a la vista, en los puertos, en las localidades que visita, toma apuntes, consigna sus impresiones, registra los encuentros, habla de sus emociones, *siente y comenta* en la escritura. En la intimidad del relato de viaje, Alberdi cumple con todos los cánones del escritor romántico: es sincero, elocuente, desinhibido en sus emociones, confesional.

Las vivencias sobre los viajes están textualizadas sin un plan fijo, y han sido escritas al correr de la pluma en libretas manuscritas que no presentan vacilaciones ni correcciones significativas, como se puede ver en los originales del “Archivo Alberdi”, conservado actualmente en la Biblioteca Jorge Furt (Luján, Provincia de Buenos Aires). Alberdi no produjo un “diario de viaje” en el sentido canónico de la forma: se trata de una serie fragmentaria, anárquica y diversa de *escritos de viajero*, a los que mayormente dejó inéditos.

Como todo buen americano, Alberdi viaja a Europa para *comparar, juzgar, desechar, incorporar*. Su posición en el espacio discursivo es, sin embargo, peculiar: el lugar de la enunciación es el de un *expatriado a la deriva* -figura romántica *per se*-, al que a veces atenazan sentimientos de incertidumbre, desasosiego y soledad que el entramado de la escritura deja ver, a pesar de la sobriedad manifiesta en la superficie textual.

En los escritos que Alberdi no publica –y tal vez por eso no lo hace-, parecería que frente a las emociones que el viaje le despierta, la sola interacción dialógica que le interesa es entre las pulsiones de su propia escritura y él como único lector. Disparadas generalmente por alguna observación sobre la realidad local de los lugares que visita, hay también interpolaciones sobre diversos aspectos de la política –el gran interés de su vida–

juventud, comparte ideas, viajes y proyectos, con algunos interregnos en que los separan fuertes disidencias en torno a la política de Buenos Aires y sus relaciones con las provincias interiores.

en las que un cambio paulatino de tono y la aparición de un destinatario potencial, deslizan el discurso hacia la argumentación retórica.

Una recorrida por las *Obras completas* y los *Escritos póstumos* (es decir, sus escritos éditos y los que dejó inéditos) muestra que Alberdi decidió publicar sólo una parte acotada de sus apuntes de viajero. La diferencia de pulsión, de registro y de sesgo del contenido en ambas escrituras es notoria. Al concluir el primer viaje (ya ha visitado Italia, Suiza y Francia), en la intimidad confesional del relato privado, la experiencia europea está teñida de desencanto y amargura, y de una suerte de *mea culpa* revalorizadora de lo propio:

“París, octubre 10 de 1843 [...] Dentro de cuatro días me voy de París al Havre, donde debo tomar pasaje para América. ¡Cuánto suspiro por verme en aquellos países! ¡Qué bella es la América! ¡Qué consoladora! ¡Qué dulce! Ahora lo conozco: ahora que he conocido estos países [...]; estos pueblos de egoísmo, de insensibilidad, de vicio dorado y prostitución titulada. Valemos mucho y no lo conocemos; damos más valor a la Europa que el que merece. En cuanto a sus celebridades, ¡ah! ¡Qué equivocaciones padecemos! Cuántas veces ni se conoce aquí un nombre de autor francés que en nuestros países está en todas las bocas.”

Cuando, tiempo después, Alberdi decide encarar la publicación de algunos de sus apuntes de viaje sobre Europa, escamotea el balance final negativo que había consignado *in situ*, y selecciona el primer encuentro deslumbrante con Italia, su puerta de entrada al continente. Para adecuar la textualización anárquica del relato íntimo a las expectativas de la nueva recepción, establece una política del texto con un plan preciso, y corrige y reformula la escritura con estrategias discursivas que la distancian de la franqueza y el apasionamiento originales: el resultado es *Veinte días en Génova*, una serie de artículos aparecidos primero en el folletín de *El Mercurio* de Valparaíso con el título de “Impresiones de viaje a Italia” (1845), y luego editados como libro (1846).

El 16 de abril de 1844, al día siguiente del desembarco de Alberdi en esa ciudad, el diario le había dado la bienvenida con una nota elogiosa sobre sus producciones literarias –excelente carta de presentación ante la sociedad chilena y el nutrido exilio argentino en ese país–, indicando que pronto lo contaría entre sus colaboradores:

“En la barca *Benjamín Hart*, llegada ayer del Río de Janeiro, ha venido el Dr. D. Juan Bautista Alberdi, ventajosamente conocido en el Río de la Plata por sus producciones literarias, de las que algunas ha reproducido la prensa de este país. Este Señor acaba de viajar por Italia, Suiza y Francia, y tenemos el placer de anunciar a nuestros lectores que *El Mercurio* publicará muy luego algunas de sus impresiones de viaje, que serán leídas sin duda con el interés que despiertan en la juventud estudiosa de Chile los trabajos del talento distinguido.”

De este breve anuncio periodístico –se trata de uno de los principales diarios del país– pueden confirmarse algunos datos significativos de la época: la existencia en Chile de un público lector interesado en ese tipo de literatura; la atracción especial de los jóvenes sudamericanos por la cultura europea; el prestigio del viaje a Europa como sello de autoridad del columnista; la novedad amena y creíble –la *impresión*– como patrón de los relatos del viajero.

En realidad, tal vez porque la fama que precedía al joven Alberdi lo ligaba más a la literatura de ideas que a la prosa ligera, la aparición de sus escritos de viaje en *El Mercurio* se demora más de un año; y lo que el diario publica inmediatamente después de

su llegada (22, 23 y 24 de abril de 1844) son sus artículos sobre política exterior sudamericana.

El primer encuentro con Europa: Génova o el deslumbramiento

Como informa en el capítulo inaugural de *Veinte días en Génova*, después de dos meses en el mar, Alberdi avista las costas de Andalucía en mayo de 1843 (“mes de primavera, en el otro hemisferio”, advierte al lector con gentileza); luego, Gibraltar, Ceuta y las montañas de Tolón; al día siguiente, el encuentro con Italia y los Apeninos.

La emoción frente a la bahía de Génova es tan grande que para comunicarla a los lectores, sólo puede apelar -recurso estético de impacto- a la transcripción de sus apuntes íntimos del viaje. La visión de la ciudad y sus torres lo deslumbra: el paisaje *es* el estado de ánimo de Alberdi; con *pathos* romántico, la escritura da cuenta de las formas y colores, del volumen y del aire, de la armonía natural y la riqueza de las construcciones, de la *producción* de un espectáculo grandioso:

“Las siete y media de la tarde. El sol acaba de ponerse detrás de las montañas de *Génova*. [...] Yo he soñado locuras doradas; pero nunca una cosa semejante a la que veo. Todas las pendientes de las montañas están sembradas de brillantes edificios; templos y palacios en lo alto de elevadísimas rocas, parecen edificadas en el aire. [...] Doy por bien empleado cuanto he padecido en la navegación. Voy a tomar el último mate en el mar.”

La dialéctica que implícitamente propone el párrafo final entre la visión de la tierra europea aún desconocida y la costumbre del *mate*, infusión típica de una planta exclusivamente sudamericana (haya sido un acto verdadero o un guiño al lector para colocarse en paridad), es sin duda emblemática del encuentro tan deseado –tan intranquilizador– con *un otro* lejano y admirado.

Como todo es nuevo en Europa para un americano del sur, Alberdi define y explicita el objetivo que lo llevó a reescribir su intimidad para traerla al ámbito de lo público:

“¿No sería útil y agradable, para el lector americano, el encontrar un libro que contuviese la expresión ingenua y candorosa de las impresiones que experimenta el que por primera vez visita uno de estos pueblos? Yo creo que sí; y algo de esto me propongo ensayar, aunque la tentativa me cueste un poco de mi crédito de hombre frío, ante los ojos de la gente de juicio y de mundo.”

Desde el punto de vista de la organización textual, la escritura que Alberdi produce desde sus primeros contactos con Europa engarza comentarios sobre aspectos costumbristas de los países que visita con reflexiones sobre diversos temas vinculados al derecho, al oficio de abogado y a la organización de los fueros judiciales, motivo declarado de este primer viaje en las líneas iniciales de *Veinte días en Génova*:

“En las impresiones de viaje en Italia, que sucesivamente daré a luz, por el *Folletín* de *El Mercurio*, se notará que sobresale como asunto dominante la jurisprudencia. Tal ha sido, en efecto, el asunto que con especialidad me propuse examinar al visitar aquel país. Sin embargo, se concibe fácilmente que me ha debido de ser imposible llenar este objeto, sin tropezar con una multitud de otros, extraños a la materia de mi estudio, cuya novedad no podía menos de impresionar vivamente mi espíritu.”

Como no podía ser de otro modo con Alberdi –uno de los grandes ensayistas hispanoamericanos– se trata de impresiones *explicadas* (argumentadas). ¿Por qué venir a Génova y Torino para estudiar derecho y no a Florencia y Pisa? ¿Por qué los Estados sardos y no Nápoles, Venecia o Roma?

“Poco me costará dar satisfacción a esa curiosidad natural. Si yo hubiera ido a Italia en busca de placeres, me habría dirigido indudablemente a *Nápoles* o *Venecia*. La admiración por el pasado esplendor de Roma me habría encaminado a la capital de los Estados Papales. Pero yo era atraído en este viaje por la curiosidad de conocer la Italia que más roce y comercio tiene con la América Meridional; y el estado actual de la jurisprudencia, en el país nativo, por así decir del derecho civil por excelencia. Tampoco era el lado científico y dogmático del derecho el que excitaba mi curiosidad; pues en este caso me habría dirigido a *Florencia* y *Pisa*, sino el derecho en acción, puesto en juego y constituido en código. Bajo este aspecto, a nadie se le oculta que los *Estados sardos* llevan una desmedida ventaja a los otros Estados de la *Italia* moderna y contemporánea.”

Mientras tanto, entretendrá a sus lectores con otros comentarios más livianos sobre la gente de la región y sus costumbres. Si bien todavía no conoce esa ciudad, París es la vara con que mide la excelencia. El foco de la mirada que transmite Alberdi es la *novedad*. “A una persona venida de una capital europea, mis impresiones darían risa quizá; a un americano del Sud, muy lejos de eso”: la búsqueda –obviamente infructuosa– del lugar del bautismo de Colón testimonia de manera ejemplar la diferencia.

De Génova lo impactan la belleza de la ciudad y de la campiña, las construcciones fastuosas, las iglesias, los cafés, el teatro y la ópera, la elegancia y la fragilidad de las mujeres, la cordialidad de todas las personas, la educación del pueblo por la frecuentación estética, los caminos y los cultivos que “hacen” el paisaje: Italia es arte e industria, cultura y tierra trabajada.

En diálogo retórico con el lector, la comparación con América se hace ineludible: la civilización europea cotidiana, doméstica, que atisba por primera vez en Génova, contrasta de manera flagrante con “la ignorancia ramplona y despectiva de las élites del pueblo sudamericano” (que, entre otras paradojas, rebaja al inmigrante genovés). Pero no todo es mejor en Europa: en una operación de enunciación que une el tributo a su condición de escritor romántico exiliado con la cita de autores *à la page* y la *captatio benevolentiae* del lector americano, Alberdi alaba con añoranza los paisajes amplios del terruño:

“¡Oh! en cuanto a la América, es cosa enteramente distinta. Yo haré siempre justicia a todo cuanto se diga de la hermosura de ciertos países meridionales de Europa: pero al hablar del ponderado cielo de Italia, diré que los lagos de Suiza son menos risueños que los blancos raudales del Paraná, sembrado de floridas islas, y desnudos sus horizontes de montañas que le quiten la luz: diré que los torrentes y accidentes sublimes de Saboya [...], me han parecido menos grandiosos que los que ofrece Tucumán [...]. No sabemos cuánto debe a esta hora el arte europeo a las magnificencias naturales de la América; pues baste decir que en ellas bebió sus más grandes inspiraciones el autor de *Atala* y *Los Natchez*, decano y maestro de los poetas de este siglo.”

Después de Italia, Alberdi sigue camino a Suiza y Francia: de aquí en más, casi todos sus apuntes de viaje quedarán inéditos.

El impacto de los próximos destinos: Ginebra y París

Para un romántico como Alberdi, Ginebra es sinónimo de Rousseau, y el peregrinaje por la comarca a que refieren las lecturas juveniles se torna inevitable. Es un recorrido con prosapia: “Byron, Dumas, Hugo y George Sand han venido como yo, a llorar en presencia de Vevey, de Clarens y de las tristes rocas de Meillerie”. Tal es la emoción ante la figura del maestro, que entre el retrato de Rousseau y la intimidad del sentimiento propio, no hay distancia estética:

“La frente es alta, regular y bella; los ojos pequeños, castaños, penetrantes, la expresión dulce y melancólica a la vez; en su cara toda hay no sé qué de expresión mezclada de alegría y sufrimiento: el cabello largo y empolvado, y el vestido a la usanza del siglo de Luis XV. Confieso que, nacido mujer, difícilmente hubiese podido rehusar mis simpatías a tal hombre. Ahora me explico enteramente el extravío que por él padeció Mme. Warens.”

Las primeras impresiones de París son más intelectuales y el abogado interesado en la política retoma la escritura de viaje: visita la Cámara de Diputados, Santa Genoveva y el Instituto de Francia donde sesiona la Academia. Por la calle, ve –sigue, espía- con sorpresa y entusiasmo al mítico Dumas. Pasa un día en el Palacio de Versalles y va a la Opera, al Teatro Francés y a la sala de conciertos (Alberdi es un gran conocedor de música y toca el piano con cierto virtuosismo). Nuevamente surgen las comparaciones, ahora no sólo con América, también con Génova:

“El [edificio] de la Grande Opera Francesa. Más chico y menos espléndido que el de Génova: más bien alumbrado. [...] Las señoras van bien vestidas, pero con menos cuidado que en nuestros teatros de América. Yo creía que el público de Paris, en el teatro, fuese muy animado y bullicioso. Pero no es ni más ni menos silencioso que el nuestro. [...] Las decoraciones, aunque inferiores a las de Génova, son en ciertos casos bellísimas. Los cantores, malísimos [...].”

Hacia el final del viaje, París ya no le interesa: una leve enfermedad desata su melancolía y el ansia del regreso al Plata, donde –cabe recordar- lo espera un destino de exiliado que la pulsión de la queja y la autocompasión puntual de ese presente parisino lo lleva a escamotear en la escritura:

“Hoy he convalidado de una *enfermedad gástrica*, de tres días. No he carecido de asistencia; sin embargo, he recordado mucho mi país. Yo me siento aburrido y triste en París [...]. La Opera italiana acaba de abrirse. Hoy se da *Norma*; pero yo estoy a las ocho de la noche en mi cuarto, solo, triste y débil, oyendo el ruido de los coches que pasan por debajo de mi ventana, que cae sobre la calle de Bergère. Ya he dado pasos sobre mi pasaporte: mañana lo tendré sacado completamente.”

A fines de octubre de 1843, en el puerto del Havre, Alberdi se embarca hacia la escala transatlántica de Río de Janeiro. Su primer viaje a Europa ha concluido: en los últimos días de diciembre, los apuntes de viaje testimonian la alegría del encuentro con la ansiada costa sudamericana.

Los escritos del segundo viaje (1855-1858)

Durante los años del exilio en Chile, Alberdi había llegado a ser en los fueros de ese país un destacado abogado del Estado y de particulares. Cuando en 1852 cae en la Argentina el régimen de Rosas, Alberdi permanece en Valparaíso hasta que el Gobierno de su país lo nombra Embajador y Ministro Plenipotenciario ante las Cortes europeas, con sede en Londres y París. Para cumplir con ese destino diplomático, en los primeros meses de 1855, Alberdi emprende por la vía del Pacífico –sin antes pasar por la Argentina– su segundo viaje a Europa.

Hasta embarcarse rumbo a Liverpool, durante mayo y junio de ese año Alberdi recorre las grandes ciudades del este norteamericano: Filadelfia, Baltimore, Washington, Boston, Nueva York. Lo que más lo impresiona de los Estados Unidos –se trata de un país nuevo como el suyo– es la sencillez, la sobriedad, la falta de boato, la inteligencia de sus dirigentes, la eficiencia en los actos de gobierno y en el funcionamiento de la vida cotidiana (“Lo asombroso del orden público de este país es que todo marcha por sí mismo. El gobierno no se ve ni se advierte”).

De un viaje a otro, Alberdi ha cambiado radicalmente de lugar de enunciación: ya no se siente (ni es) un *expatriado a la deriva* sino un *pensador/ hacedor* reconocido en Sudamérica, que desde los años tempranos de la “Joven Generación Argentina”, no había cesado de producir importantes ensayos doctrinarios de jurisprudencia y sociología del derecho, economía política y relaciones exteriores sobre diversos temas vinculados a las naciones sudamericanas. Antes de emprender este segundo viaje a Europa –del que no volverá hasta después de veinte años–, Alberdi ya había publicado varios de sus trabajos de mayor envergadura: *Fragmento preliminar al estudio del Derecho*, *Bases y puntos de partida para la Constitución Nacional de la República Argentina* –texto fundamental para los redactores de la Constitución de 1853 que rigió cien años el país– y *Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina*.

Alberdi pensaba que en los vastos territorios argentinos “gobernar es poblar”, y para ello –como lo había postulado en su obra más célebre, las *Bases*– la estrategia de la inmigración masiva de europeos ocupaba un lugar central. Es por ello que durante este segundo viaje, al pasar por los Estados Unidos, ese tema y sus complejidades se constituyen en un “objeto a inquirir”, casi obligado; como lo muestran sus apuntes, las cuestiones que preocupan a Alberdi son de índole pragmática:

“1° Qué sistema emplearon en los Estados Unidos para fomentar las inmigraciones europeas que hoy repelen.

2° ¿Enviaron agentes?, ¿el gobierno pagó pasajes?, ¿regaló tierras? Fuera de las leyes generales: ¿qué otros medios se emplearon?

3° Preguntar a hombres notables: ¿a todos los estados daña hoy la inmigración o sólo a algunos? ¿Haríais otro tanto si os vieseis en posesión de las repúblicas de Sudamérica? [...]”

Han pasado más de diez años desde el deslumbramiento del primer contacto con Europa, y en este nuevo encuentro con *otro* prestigiado, la escritura de Alberdi da cuenta de un sentimiento cercano al parentesco: a pesar de las enormes diferencias entre el Norte y el Sur del continente, Estados Unidos *es América*; tal vez por eso, y por la nueva posición que ocupa en la gestión política de su país (“Muchos periódicos han noticiado mi presencia en *Washington*”), Alberdi textualiza sus impresiones en un registro sin

altisonancias, con comentarios, reflexiones y preguntas que produce con la tranquilidad de pensarse *entre pares* de un futuro posible.

Aunque lejos del *pathos* romántico del primer viaje, y con otros objetivos a la vista, también aquí las comparaciones del viajero con lo propio siguen siendo ineludibles:

“Baltimore se asemeja más a nuestras ciudades de Sudamérica. Fundada por católicos, aristocrática en el origen, conserva hasta hoy algo de su primitivo carácter. [...] Como puerto interno fluvial y marítimo, no iguala en esto a Nueva York, pero me prueba lo que serán [las provincias argentinas] Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe. [...] Ayer recorrí Baltimore: es negligente, desaseada. Tiene negros y esclavos. Posee casas en la parte nueva de la ciudad más hermosas que en el centro.” [...]

“Estábamos sobre Washington, ciudad nueva, triste, bien trazada. [...] El clima es agradable. Las noches frescas y deliciosas. El ambiente huele a campo. Tucumán, Chile, Buenos Aires, me vienen al pensamiento andando en los alrededores de Washington.”

La mirada política del organizador de una nación

En este nuevo camino transatlántico, los apuntes que produce entre 1855 y 1858 –que no publica, salvo algunas entrevistas a personajes significativos- evidencian que Alberdi retoma la escritura de viaje con otros intereses: ya no es un *viajero de paso*. Tanto en las pulsiones y tensiones interiores como en la superficie textual, se comienza a percibir al *estadista de las relaciones exteriores* que ve todo desde una óptica política, y –sobre todo desde su llegada a Europa- piensa y analiza cursos eventuales, consigna las minutas de encuentros y actuaciones oficiales, e incorpora verdaderos soliloquios de estrategia política, con los que parecería tramitar su inseguridad de representante de un país pequeño frente a las grandes potencias que visita.

Hasta 1858, ya instalado en su destino diplomático europeo, Alberdi sigue recogiendo en sus libretas de viaje las vivencias más íntimas y personales de sus contactos con las altas esferas del poder político de Londres, Madrid y París, donde anuda relaciones y gestiona tratados para su nuevo país; el Vaticano, con su mezcla de ambigüedad y de exigencia como *modus operandi*, lo impulsan a producir una escritura irónica en el tipo textual de un memorándum:

“11 de junio [1856].

Esta mañana fui a presentar mis respetos de despedida al subsecretario de Estado monseñor Berardi. [...] Acabaron de traerme la carta memoria, que es *verbal*, es decir, sin firma. [...]. [El Vaticano] Quiere que se exprese que lo que recibe la Iglesia del Estado [Argentino] es a título de herencia, como acreedora del Estado, en virtud del compromiso de la Constitución de sostener el culto; [...]. Por lo demás, estos señores no admiten que el *patronato es de la nación*; pero sí admiten que la nación tome a su cargo el sostén del culto. Bueno sea del Papa, el patronato; en tal caso, la nación puede retirar su apoyo a la Iglesia. Éste es el punto que impugnan a la Constitución, no la libertad de cultos [...].”

Alberdi desempeñó el cargo de Embajador y Ministro Plenipotenciario de su país hasta 1862; por razones complejas que combinan circunstancias de la política argentina con rasgos personales, decide permanecer en Francia durante 17 años. En ese período, nunca más sale de Europa y no hay más libretas de viajero: los numerosos viajes interiores que realiza son ocasionales (vacaciones, paseos, asuntos de abogado, negocios puntuales, visitas significativas), y las impresiones -acotadas y con destinatario explícito- las registra solamente en la escritura epistolar.

Durante su larga estadía en Francia, Alberdi produjo numerosos “escritos de combate” –así los llamó él– contra la hegemonía de Buenos Aires en la Argentina, las ambiciones del Brasil imperial en la subregión del Plata, y la Guerra del Paraguay (1865-1870), en la que apoyó a este país en su enfrenamiento con la Triple Alianza de Argentina, Brasil y Uruguay. En 1879, alentado por los cambios políticos que ve en su país, Alberdi regresa a Buenos Aires con el cargo de Diputado Nacional por Tucumán; dos años después vuelve definitivamente a Europa.

A su muerte, en 1884, Alberdi deja ocho tomos de obras publicadas y dieciséis de escritos inéditos, entre ellos, *El crimen de la guerra*, un ensayo pionero de teoría política internacional que postula la creación de una Sociedad de las Naciones. Aunque centralmente interesado a lo largo de su vida en la organización nacional de la Argentina y en los avatares de la política sudamericana, Alberdi no fue un hombre de partido ni de fortuna; tampoco constituyó una familia: tuvo un hijo de una relación temprana y aleatoria, buenos amigos personales y grandes enemigos políticos. Lo cierto es que, casi como un emblema de muchos “destinos sudamericanos”, Alberdi, el autor de las *Bases* de la Constitución Nacional Argentina y uno de los grandes pensadores políticos de su época, permaneció cuarenta años fuera del país, y solo y desprotegido, a los setenta y cuatro años murió lejos de su patria en un hospital de Francia.

Características de esta edición

En el marco de la Colección “L` extremo occidente”, esta edición se propone presentar al público italiano una selección de los escritos de viaje de Juan Bautista Alberdi producidos con un intervalo de diez años, en dos momentos diferentes de su vida pública y privada, con el fin de mostrar ciertos aspectos del imaginario sudamericano sobre Europa y los Estados Unidos –algunos modélicos, otros personales, nunca estáticos, acrílicos o lineales– que traían como bagaje los viajeros de las jóvenes repúblicas hispanoamericanas, a mediados del siglo XIX.

Por su interés, en tanto abanico de temperamentos, representaciones y circunstancias de los protagonistas que Alberdi registra con detalle en los apuntes de sus viajes europeos, esta edición incluye además sus encuentros con el Libertador José de San Martín y con Juan Manuel de Rosas –sus compatriotas–, con Napoleón III, la Reina Victoria de Inglaterra y el Papa Pío IX.

Como ya se ha visto, Alberdi no recopiló sus apuntes de viaje en un solo libro, sino que los textos de sus libretas manuscritas se hallan dispersos en la obra que publicó en vida y en la que dejó inédita. Por lo tanto, la selección de los textos de esta edición proviene de esas dos fuentes: los fragmentos de *Viaje a Génova* y la entrevista con el General San Martín se hallan en el tomo II de las *Obras completas*, mientras que el resto de los materiales están en los tomos XV y XVI de los *Escritos póstumos*.

Si bien en el mercado editorial de la Argentina no hay una recopilación actual de los viajes de Alberdi, alrededor de cincuenta años atrás se produjeron dos publicaciones de divulgación académica, serias y cuidadas, que constituyen un referente para cualquier nueva edición de estos escritos: *Viajes y descripciones*, selección y estudio preliminar de Alberto Palcos (Buenos Aires, Ed. Jackson, 1951); y *Recuerdos de viaje y otras páginas*, selección y prólogo de Enrique Popolizio (Buenos Aires, Eudeba, 1962).

Referencias bibliográficas

Alberdi, Juan Bautista (1886- 1887). *Veinte días en Génova* y “El General San Martín”. En *Obras completas*. Buenos Aires, Imprenta La Tribuna Nacional, tomo II.

Alberdi, Juan Bautista (2002). “Impresiones de viaje” y “En viaje a Europa”. En *Escritos póstumos*, Universidad Nacional de Quilmes, tomos XV y XVI. Primera edición, Bernal, Buenos Aires, Imprenta Europea, 1895-1901 (16 tomos).

Mayer, Jorge M. (1973). *Alberdi y su tiempo*. Buenos Aires, Biblioteca de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales (2 tomos).

Pagliai, Lucila (2005). “Escribir la pasión desde el intelecto”. En *La gran polémica nacional: “Cartas Quillotanas” de Alberdi y “Las ciento y una” de Sarmiento*. Leviatán, Buenos Aires.

Pagliai, Lucila (2005). *Manual de Literatura argentina (1830-1930)*, especialmente Cap. II “Literatura y nación: de la construcción de la Patria al fracaso del proyecto”, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, Bernal.

Rojas, Ricardo (1917). *Historia de la Literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*, tomos V y VI “Los proscriptos”. Juan Roldán (9 tomos). Buenos Aires.

Viñas, David (1964). “La mirada a Europa: del viaje colonial al viaje estético”, en *Literatura argentina y realidad política*, Jorge Álvarez Editor (hay reedición reciente). Buenos Aires.